

Jordi Nopca

Vente a casa

Primera edición, 2015
Título original: *Puja a casa*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

© Jordi Nopca, 2015

© de la traducción, Jordi Nopca, 2015

© de la fotografía de cubierta, Anna Malagrida, 2015

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-36-8

Depósito legal: B. 4.474-2015

Impreso por Reinbook S.L.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño de cubierta: Jordi Duró

Diseño de colección: Enric Jardí

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

*A mi abuelo Josep,
que nunca se irá del todo*

Índice

No te vayas	11
Anillo de compromiso	45
La pantera de Oklahoma	61
Àngels Quintana y Félix Palme tienen problemas	73
Un hombre con futuro	99
Cine de autor	117
Navaja suiza	127
Nos tenemos el uno al otro	169
Las vecinas	183
Velas y túnicas	199

La pantera de Oklahoma

*«At times like this, I wish I was
but a simple peasant.»*

Inspector Clouseau

El autor de una serie de sesenta y ocho novelas de misterio ambientadas en Albacete había quedado para cenar con su traductor al catalán. Hombre meticuloso y exigente hasta niveles obsesivos, el novelista leía las traducciones después de que estas pasaran por el corrector de estilo y el ortotipográfico y las revisaba siempre durante una comida —preferiblemente una cena— con el traductor. El proceso había sido siempre el mismo: el autor lo llamaba y le pedía que reservara mesa, recordándole la ojeriza que le tenía a la cocina japonesa y a la nepalí; se presentaba media hora tarde a la cita y, cuando llegaba se inventaba una excusa inverosímil que el traductor no se tragaba, pero que ayudaba a reafirmar la posición de superioridad del autor; jamás quedaba satisfecho con lo que habían comido y, cuando repasaban el texto, enfatizaba las pifias con desmesura, aunque cada vez encontraba menos; pagaba él, pero de la ronda de cócteles posterior se encargaba el traductor y, en algunas ocasiones, le había tocado desembolsar una cantidad superior a la de la cuenta en el restaurante.

La noche que tocaba repasar la novela número sesenta y nueve, el autor estaba de un humor de perros. Su mujer le había dejado no hacía ni dos semanas y tenía la intención de transmitir cada una de las frustraciones que sentía al otro comensal. Lo haría de la forma más egoísta posible: cargándose la traducción —que era casi perfecta— y, si era necesario, rompiendo la relación con el hombre que había tenido, a excepción de él mismo, el contacto más constante y próximo con su mundo creativo plagado de crímenes, personajes turbios y sexo en hoteles de carretera.

Antes de ir al restaurante, pasó por una coctelería que no frecuentaba mucho y se bebió tres *singapore slings* en poco menos de media hora. Excepcionalmente había decidido cambiar el orden de la velada: él pagaría las copas y, de la cena, se ocuparía el traductor.

Sin embargo, cuando llegó al restaurante, el hombre no le esperaba dócilmente en la mesa que habían reservado. Tenía la cazadora de siempre —vaquera y descolorida— colgada de una silla. Encima del mantel había también la misma carpeta marrón en la que cargaba los manuscritos desde hacía sesenta y ocho traducciones. El autor se sentó en la silla de enfrente y pidió una copa de vino blanco para matar el tiempo. ¿Cuánto rato tendría que esperar? ¿Un par de minutos? ¿Cinco a más tardar?

—La que se va a armar —murmuró el autor después del segundo sorbo de vino.

Pasaron dos minutos. Y cinco. Y diez. Ya había vaciado media copa de vino cuando se levantó para preguntar al camarero si sabía dónde había ido el hombre con el que había quedado.

—Claro —respondió, enfundado en unos pantalones

negros que le hacían bolsa y una camisa blanca un poco amarillenta.

Lo condujo hasta el salón de no fumadores e hizo que se detuviera en la entrada.

—¿Le ve? Está allá al fondo, con la chica del vestido de color crema.

El autor entrecerró los ojos para intentar enfocar con precisión a la pareja de la mesa más alejada del restaurante. La mujer del vestido de color crema le daba la espalda. Desde allí veía sus hombros desnudos, modelados por la natación y el *body combat*, y también un palmo de vestido, que bajaba haciendo una curva atractiva hasta que el respaldo impedía continuar siguiéndole la pista. Muy cerca tenía un buitre desgredado —el traductor—, hablándole con una inquebrantable sonrisa.

—No se imagina cómo me gustaría estar en el lugar de su amigo —dijo el camarero al autor—. Me dedico a esta profesión desde hace veintitrés años y sé cuándo estamos ante una señorita bien adinerada. Nos encontramos ante uno de esos casos. Una americana que no sabe cómo gastar sus millones. Pero su amigo me ha tomado la delantera...

El autor no quería seguir escuchándolo. Si cuando había llegado al restaurante ya estaba de un humor de perros, ahora le costaba controlar el odio que se acumulaba en su interior y apuntaba directamente al traductor, dispuesto a aplastarlo sin un ápice de clemencia. Se le acercó sin hacer ruido y lo atacó por la espalda.

—Hace rato que te espero —le dijo, sorprendido de poder controlar el volumen y el tono de la frase.

Dos pares de ojos juguetones lo enfocaron: los del tra-

ductor, que eran oscuros y vulgares, y los de la desconocida, verdes y dulcificados por el alcohol.

—*One moment, please* —le dijo a la mujer antes de dirigirse al autor—. Ahora voy. Perdona.

—Si te parece, nos reunimos aquí mismo.

—Lo siento —insistió el traductor. Miraba los cubiertos de la mujer, todavía impolutos. Ella tenía la vista fija en uno de los cuadros abstractos que colgaban de la pared.

El autor se llevó al traductor a su mesa. Ambos fueron escoltados por el camarero, que no podía disimular una sonrisa de satisfacción adolescente de oreja a oreja.

La cena fue un desastre. El autor empezó a atacar la traducción antes de que llegara el primer plato. El traductor apenas probó los canelones de manitas de cerdo: los comentarios insultantes le hicieron perder el apetito. El novelista, en cambio, pudo compaginar el ejercicio crítico con el tartar de salmón con aguacate.

—Esta es la última vez que trabajas para mí —se permitió declarar cuando les retiraron los platos.

El traductor, que había aguantado el chaparrón sin mediar palabra, vació el agua de la copa en tres largos tragos y dijo:

—Sé que estás pasando por un momento difícil.

—Te equivocas. Estoy acabando dos novelas más.

—No me refería a eso, y lo sabes.

El autor levantó su copa —otra vez medio llena de vino blanco—, se la acercó a los ojos y volvió a dejarla en la mesa.

—Vete a la mierda —dijo.

— Me parece que será mejor que nos veamos otro día.

— Sí, señor.

— Creo que será mejor para los dos.

— Evidentemente. Lo mejor que puedes hacer es irte con tu putita yanqui. Con un poco de suerte acabarás tirándotela.

Este último comentario molestó al traductor, que tiró la servilleta a la mesa y se revolvió en su silla mientras guardaba el manuscrito en la carpeta marrón.

— Te cuesta muy poco dejarme plantado — continuó el autor—. Todos hacéis igual. Hijos de puta.

— No seas injusto — respondió el traductor mientras apartaba la silla, se levantaba y se iba al salón de no fumadores.

— Ya te llamaré para saber cómo te ha ido con esa...

El autor no terminó la frase, porque mientras el traductor se alejaba con la carpeta bajo el brazo, ya había tomado la decisión de arruinarle la noche.

Cuando el camarero regresó con los segundos platos — dos raciones de bacalao con *samfaina* que todavía humeaban —, no le sorprendió encontrar solo al autor:

— Acabo de ver a su amigo con la señorita — le dijo.

— No es amigo mío: trabaja para mí — protestó, y después de una pausa mínima añadió—: *Trabajaba*, para ser exactos.

— ¿Lo ha despedido?

— Más o menos.

— ¿Esta noche?

En vez de responder a la última pregunta, el autor se interesó por la mujer.

—Quiero saber más cosas —dijo, y ni siquiera hizo falta mostrarle un par de billetes arrugados al camarero, que lo miraba con los mismos ojos cansados de un rape de oferta en un puesto del mercado.

—Tiene suerte. He hablado un poco con ella —explicó, en clave de confidencia trovadoresca—. Me ha preguntado si había visto *La pantera rosa* y yo le he dicho: «*The cartoons?*». Los dibujos animados, me entiende, ¿verdad? —El autor afirmó despectivamente con la cabeza. —Ella me ha dicho que no. «*The film?*», le he preguntado. Y ella ha contestado: «*Yeah!*». Y me ha dicho que el director de la película era su abuelo.

—¿Blake Edwards? —La curiosidad le hizo superar la rabia que sentía: las comedias de Blake Edwards eran su primer recuerdo cinematográfico.

—No lo sé, supongo que sí. Soy muy malo recordando nombres —se excusó el otro—. La señorita... me ha dicho que es de Oklahoma y que lleva dos meses viajando sola por Europa. Ha llegado de París esta mañana y se quedará tres días en Barcelona. Su amigo ha sido muy hábil. Si no me llega a tomar la delantera...

El autor repasó de la cabeza a los pies al camarero: tenía una barriga considerable y una papada prominente, peculiaridades poco indicadas para seducir a la nieta de Blake Edwards.

—Tenga en cuenta que hace veintitrés años que me dedico a esta profesión.

—Ya me lo ha dicho antes. No lo había olvidado.

—Puedo contar con los dedos de una mano las oportunidades que he tenido para montármelo con una mujer rica en todo este tiempo.

—Nada menos que con la nieta de Blake Edwards.

—Como usted quiera. Yo hace rato que la he bautizado. Para mí, ella es la pantera de Oklahoma.

El camarero no pudo evitar soltar una sonora carcajada que molestó tanto al autor que en ese mismo momento tomó dos decisiones: poner el punto final a esa conversación y no dejar ni un céntimo de propina a ese *sinvergüenza*.

La nieta y el traductor salieron del salón de no fumadores casi una hora después. El novelista encadenaba un cigarrillo tras otro y tiraba la ceniza en el platito que le habían entregado con la cuenta. Cuando los vio, los movimientos de la chica, en vez de recordar a felinos altamente peligrosos, invitaban más bien a pensar en la sinuosidad hipnótica de las serpientes. El traductor ni siquiera le dedicó una mirada cuando pasó a su lado. A medida que se le acercaba, se atrevió a colocar una de sus manos esqueléticas sobre la cintura de la mujer, como si de esta manera quisiese evidenciar que el animal —por muy feroz o venenoso que pudiera ser— estaba bajo control.

—Miserables —dijo el autor cuando los tuvo lo suficientemente lejos como para que no lo oyeran.

Se levantó tan pronto como hubieron salido del restaurante, dispuesto a seguirlos.

El autor había publicado sesenta y ocho novelas de misterio ambientadas en Albacete, pero era incapaz de comportarse con la perspicacia y el encanto de su personaje estrella, el detective Trujillo. Se las ingenió para

no perder de vista a la pareja que perseguía y esperó diez minutos delante del bar donde habían entrado. Fumaba, aburrido, y cuando le sonó el móvil, lo apagó sin ni siquiera mirar quién llamaba. Después de aplastar el segundo cigarrillo con un pisotón contundente, el autor entró en el bar y fue descubierto enseguida por el traductor, que le dedicó una mirada de disgusto aprovechando que la chica daba un largo trago al cóctel. El autor se instaló en la barra y pidió un whisky doble.

—Sin hielo —exigió al camarero, que tenía ambos brazos decorados con tatuajes que reproducían pasajes bíblicos.

Desde donde estaba podía observar sin esfuerzo la conversación entre el traductor y la nieta de Blake Edwards. Él gesticulaba mucho. Ella lo escuchaba con toda la paciencia del mundo y, de vez en cuando, se le dibujaba una sonrisa en el rostro que el autor interpretaba como forzada.

—Le costará trabajo zampársela —murmuraba cada vez que tenía ganas de beber un poco de whisky. Si alguien lo hubiese observado más de dos segundos, habría pensado que se trataba de un pobre borracho enumerando miserias frente a su enésima, confesional y triste copa.

Al cabo de media hora, la pareja salió del bar. El autor se apresuró a pagar el par de whiskies dobles que se había ventilado y volvió a seguirlos. Antes de doblar la segunda esquina, el traductor se volvió y le lanzó una mirada asesina. El mensaje que interpretó el autor fue que su antiguo colega quería un poco más de intimidad. Le concedió el deseo y, cuando la pareja entró en otro

bar —el lugar donde normalmente iban a tomar cócteles: allí era donde las cuentas habían llegado a superar las de los restaurantes—, se fumó un par de cigarrillos antes de encender de nuevo el móvil y comprobar que la llamada anterior era de su exmujer. Se la devolvió, pero saltó el contestador.

—No sé qué querías, pero me la suda bastante —dijo después del mensaje de rigor y el pitido del contestador—. Me la suda mucho, en realidad: no sé por qué estoy llamándote. A la mierda.

El autor colgó el teléfono. Entonces llamó a su hermano pequeño, el único que todavía aguantaba sus ataques de rabia sin mandarlo a paseo. También acabó saltando el contestador y colgó antes de proferir una colección de insultos imponentes que lo motivaron a cruzar la puerta del bar.

Una vez dentro, se sentó a la barra y saludó al camarero de siempre, que después de soltar un buenas noches entre cordial y enigmático le hizo un gesto con la cabeza señalando al traductor.

—Ya sé que está aquí —dijo el autor sin camuflar su desprecio hacia su *antiguo* colaborador—. Hoy ha venido mejor acompañado que de costumbre, el muy cabrón.

—La mujer es americana. Parece que se han conocido hoy.

—¿No sabe quién es?

—¿Por qué lo tendría que saber?

—Es una puta de lujo —dijo el autor colocándose dramáticamente un cigarrillo en los labios—. Se hace llamar *la pantera de Oklahoma*.

Una hora y media más tarde, la mujer, el traductor y la carpeta marrón con el manuscrito salieron del bar. Ambos miraron de frente al autor, se le veía en los ojos que había bebido demasiado e intentaba ligar con una rubia embutida en un vestido verde esmeralda que le seguía la corriente porque él le había prometido que pagaría las copas. El autor no se dio cuenta de que salían. Continuó charlando y dando pequeños sorbos a su *whisky sour*, el cóctel que tomaba para rematar la noche. Minutos después, cuando volvía del baño, se dio cuenta de que la pareja a la que perseguía acababa de desaparecer.

—¿Dónde están esos dos? —preguntó al propietario del bar.

El autor arrastraba las eses. El aire se le escapaba de dentro: era un globo agujereado.

—Su amigo se ha llevado el gato al agua. Le habrá salido cara la broma.

—Seguro.

El autor regresó con su rubia y, en vez de decirle algo, sacó el bloc de notas minúsculo y el boli que llevaba en el bolsillo de la camisa y apuntó tres líneas de diálogo:

DETECTIVE TRUJILLO: ¿Dónde están esos dos?

BARMAN: Su amigo se ha llevado el gato al agua. Le habrá salido cara la broma.

DETECTIVE TRUJILLO: Podría llegar a costarle la vida...

Serían las primeras líneas de la nueva aventura de su personaje estrella. Ya lo tenía decidido: haría trizas los tres capítulos aburridos y misóginos que había logrado

escribir desde que su mujer se había marchado de casa.

—¿Qué haces? —le preguntó la rubia, que jamás habría imaginado que estaba sentada al lado de alguien que se ganaba la vida escribiendo novelas de misterio.

—No es asunto tuyo.

El autor pagó las copas y salió del bar con un cigarrillo encendido en los labios. Cada calada que daba le iba descubriendo ángulos del laberinto argumental de su nuevo libro. Llegó a casa empapado en sudor y eufórico, dispuesto a empezar la gran ficción que lo mantendría alejado de su miserable vida durante dos, tres, cuatro meses. Cuando estuviese lista, llamaría al traductor —si todavía estaba vivo— y le pediría perdón antes de preguntarle por el final de la noche con la nieta de Blake Edwards, una mujer de hombros bien torneados que se movía con la sinuosidad de las serpientes, aunque todo el mundo la asociara con otro tipo de animal mortífero. Antes de mentarlo se santiguaban y abrían los ojos de par en par:

—Ya está aquí —decían, como si hablasen de una maldición egipcia—. Terrible. Mortífera. La pantera de Oklahoma.